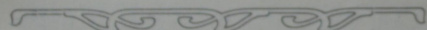


alcohol en las artes»; Falco, que continuará «cargándose de rabias», «estallará en volcán» por la diezmillonésima vez; Esther Parodi, seguirá como si nada oficiando sus «misas rojas»; Victor Juan Guillot, haciendo filigranas ultra-violadas, soñando con los paraísos artificiales del brumoso París, bajo el sol esplendente de Montiel; Julio Herrera Reissig, loando á la remolacha sanguínea, y anatematizando al apio vil y al ajo, «canalla del terruño»; Ovidio Fernández Ríos, monopolizando las cumbres, y haciendo un «trust» de los vuelos de cóndor y de águila; Vallejo, «soneteando» los pinchos de los sombreros á la moda; J. J. Casal, con sus «jarrones chinoscos» y sus «regias aristocracias»; el «canarito» Gutiérrez; Moratorio, etc. y, por último, para los que gustan de versos con sabor «asadoconcuero», las décimas de «Alondra y de Zorzal...»

¿Que importa pues que Herrerita deserte y que tras él váyase Ginesillo con su asma y su pluma, como sombra tras el cuerpo?

Ginesillo de Pasamonte.



Del doctor Pérez Petit

“VIDA QUE CANTA”.

Quando llega á mis manos las obra de un escritor joven y en ella encuentro el alma de un luchador, mi espíritu se regocija íntimamente con no sé qué extraña simpatía. ¿Acaso por comunidad de pensamiento; acaso porque yo también, en mis comienzos, fui luchador? No podría decirlo; mas lo cierto es que á medida que avanzo en la lectura de la obra nueva, á la simpatía sucede el encanto, y al encanto la reflexión. Por tal modo, muy pronto, y sin yo quererlo, mi alma dialoga en secreto con esa otra alma gemela, que le habla de cosas hermosas, buenas, adivinadas en la primera juventud.

Entre el enorme farrago de producciones anodinas publicadas en el país en estos últimos tiempos, (tonterías decadentes de poetas que empiezan á escribir sin tener nada nuevo que contarnos), he tropezado con un libro rico de ideas, noble de propósitos y fulgurante de bellezas. «Vida que canta» es la obra de un soldado del pensamiento y de un artista inspirado y valeroso. No puede pasarse en silencio la aparición de semejante libro sin cometerse la más irritante de las injusticias. Es necesario saludar olímpica-

mente el nuevo cruzado de la Belleza Eterna que llega á las puertas de nuestra Ciudad con un resplandor de astro en torno de las sienes y decretarle las fiestas luminosas que consagran á los triunfadores: no podríamos recibirle de igual modo que á la turba de mercaderes que llega á nuestros muros, cargada de odres, congestionada y polvorienta, para trocar sus artículos por nuestras flamantes monedas. Levantemos, pues, los arcos triunfales, constelemos las calles con rosas y mirtos, sobre la frente de los mármoles pongamos la ofrenda de los verdes laureles y vistamos los balcones con todas las sederías fabulosas que eran de rigor en los buenos tiempos en los que aún había caballeros triunfadores y en los que aún había corazones nobles que sabían admirar.

o o

Es un poeta que parece un caballero medioval. Su alma, retemplada para la lucha, resplandece como la espada de Lohengrin. Las notas guerreras de su estro resuenan al través del tiempo con alaridos de clarín de plata. Al conjuro de su numen, las auroras salvajes, las auroras sangrientas, se inflaman en el cielo, y en una palpitación sobre humana de vida, despierta toda la tierra, sonora y alborozada.

Es un poeta que parece un profeta cíclico. Los grandes dolores de la humanidad han llovido todas sus hieles sobre su gran corazón; y ese corazón generoso y bueno, se ha levantado altivo para predecir, en estrofas admirables, en estrofas de fuego y bronce, la ruina de los imperios y el exterminio de los prepotentes.

Y es un poeta de amor, de dulzura, de cariño, que sueña la redención de los pueblos, que ama á los humildes, que sufre con los sufrimientos ajenos, y busca, estremecido y anhelante, la tierra prometida, donde no haya cárceles, sino jardines; donde no haya verdugos, sino hermanos; donde no haya expoliadores, sino hormiguitas laboriosas, fraternales y felices que aporten su esfuerzo común para alcanzar el bienestar general.

Es el poeta de nuestro siglo—siglo de lucha y de amor; siglo de sangre y de belleza:—es el poeta Angel Faico.

o o

La primera nota de este libro hermoso, estalla como una anunciación de primaveras.

El poeta, de pié ante el pórtico de su templo de mármol, alza su copa para brindar por la Vida:

«¡Que para siempre seas reverenciada ¡oh Vida!
A tu salud eterna, mi mano conmovida
El ánfora del Verso como un cáliz levanta!

A tu salud... ¡que sea, mi exaltación devota
Incienso de tus misas! un brindis y una nota
En la excelsa Harmonía de la Vida que canta »

¿Y á quién, sino á la Vida, saludaría este poeta que lleva en sus venas raudales de Vida y en su cerebro resplandores de astros?

¿A quién sino á la Vida, á la Vida, alma del Universo—saludaría este poeta que siente todas las energías de la lucha, que experimenta todas las ansias de los vencedores?

¿A quién, sino á la Vida, fuente de toda justicia, de toda razón, de toda belleza?

Por todos los versos de este libro valiente y noble, rueda una exaltación de vida que conmueve y que subyuga. Ora cante el poeta esos Númenes gigantescos que iluminaron un día á la tierra con el sol de su inspiración; ora cante las letanías angustas de su propio sufrimiento, siempre el tono épico de su dicción, siempre el acento bronceado de su metáfora, dice la gloria y la excelsitud de la vida. Detrás del rapsoda que deshoja pétalos de rosas ante el ara de Homero ó de Dante; detrás del sensitivo que se prosterna ante los mármoles de Byron ó de Petrarca; detrás del escéptico que admira la gran doctrina de amor predicada por Jesús Nazareno sufriendo « de la gran tristeza de no poderlo amar »—se levanta el hombre que cree, el hombre que tiene fé en la fuerzas eternas de la Naturaleza. Y ese hálito de energías mal contenidas; esa eclosión de fuerza soberana, enciende las palabras, estalla en los hemistiquios, fulgura en los consonantes, poniendo por sobre todo el libro como una convulsión de soles. Una ola de inspiración resbala al través de « Vida que canta », y al saltar, de soneto en soneto, dijérase un gran río cristalino descendiendo por una soberbia gradería de mármol.

Ese amor á la Vida—que es lucha y fecundación; que es fuerza incontrastable y afinidad electiva; que es pasión avasalladora y simiente pródiga y tranquila,—hace del poeta Angel Falco, antes que nada y por encima de todo, un Hombre, y un hombre sincero. Nunca he admirado tanto al poeta

como cuando le he visto—á él, enemigo nato de todo Autoritarismo—cantar á Napoleón, el amo sobrenatural de la fuerza, la larva gigantesca que cogió al Destino para atarlo á la rueda de su carro de vencedor. Falco no ha visto lo que todos ven en el gran soldado de los siglos modernos: la aureola militar que ciñe las sienes del vencedor de Austerlitz no ha deslumbrado su retina. Napoleón es tan sólo, para él, un Héroe de la Vida, una manifestación de Fuerza épica conque la Naturaleza quiso vencer al mundo Moral. Ese hombre—coloso, ese pensamiento de acción, esa energía avasalladora, pesando en la balanza más que todo el Mundo—según la gráfica expresión de Victor Hugo—tenía que seducir al poeta de alma revolucionaria. Su soneto « Napoleón » tenía que ser eso; una exaltación de la energía, — como lo son, por idéntico pensamiento, aunque por sujetos distintos, los rotulados « Sofia Peroskaya » y « María Spiridowna ».

La serie de sonetos « Carcaj de fuego » constituye un himno rojo de salvajes resonancias, que sobrevivirá al poeta. Difícilmente se lograrán en liras humanas acentos más viriles y soberbios. La inspiración de Falco fulgura aquí como un rayo y produce un deslumbramiento. Su frase es épica, sonora, altiva. Los versos ruedan con el clamor de una tempestad. Los consonantes crujen y restallan como encinas tronchadas.

Oír al poeta:

« Yo incendiaré mis versos para que en esa pira
Pueda encontrarla turba que entre las sombras gira
En marcha hacia el Levante, su estrella de Bethléem;

Y mi heptacorde alzando sobre ese gran murmullo,
Podrá ser en la torre gigante del mi orgullo,
Como una gran campana tocando á sonatén ».

Nervioso, vibrante, batallador, egregio,—todo el Falco revolucionario que conocemos, está en ese himno heroico hecho para cantarse con cien trompetas épicas. El hombre de combate; el pensador seguro de su fuerza; el Isaías tonante de los Clubs de propaganda; el corazón vestido por el propio orgullo como por una túnica de oro,—surge de las páginas del poema para hablar, desde el Sinaí del Verso, á toda la humanidad. Y su voz, que tiene soplos de vendabal (hasta en los momentos en que el inmenso amor altruista le inflama), cruza la arcada de la

Edad y el tiempo para eternizarse como una profecía. Escuchad como canta los secretos anhelos de su alma; como modula el credo de su esperanza; como conforta á los que tienen fe:

«Yo escuché en el silencio de las noches arcanas
El idioma divino de las cosas lejanas
Que pueblan el destierro del Ensueño que fué.

Al Gran Prodigio aguardo, cultivando mi huerto...
¡Que así podrán rodearme los hombres y el desierto
Que siempre habrá un oasis donde quiera yo esté!

La iniquidad y la injusticia han levantado siempre, en todos los tiempos y entre todos los hombres, el alma de las muchedumbres; pero la protesta no ha sido siempre igual. En los primeros siglos del cristianismo, los mártires protestaban siguiendo el ejemplo de su excelso maestro. Bajo los ojos del sangriento Emperador, en medio del circo reverberante de sol, caían de rodillas resignadamente para balbucear las Grandes Palabras, entonces aún nuevas, entonces aún valientes, que les acercaban á Cristo. En nuestros días, el pueblo protesta de modo muy distinto. Desde aquellos días enormes y rojos creados bajo la égida de los Robespierre, Dantón y Marat, la muchedumbre no se arrodiilla más; y con las horquillas de las pacíficas labores rústicas suele desventrar á los áureos señores de las poderosas monarquías. La Protesta es siempre roja, puesto que la sangre inunda el circo ó destila por el cadalso: pero antes, corría del cuerpo de los mártires bajo el zarpazo de las fieras, y hoy corre del cuerpo de los reyes bajo las bombas de los fanáticos. La Protesta es siempre roja; pero las víctimas han cambiado.

Los predicadores también han cambiado. Las viejas testas blancas que predicaban cristianamente el perdón de las ofensas recibidas, han desaparecido en medio del catolicismo que abatió el esplendor de la antigua Roma. Hoy, son otras cabezas jóvenes, extrañas cabezas de visionarios, las que se alzan sobre las muchedumbres para predicar las ideas revolucionarias. Oid como el poeta penetra al través de la apiñada multitud:

«Deja á los hombres buenos su espíritu de cera.
Que moldee el capricho de una mano cualquiera...
¡Tú has de afirmar en todo tu Individualidad!
Caminarás sereno; mas si esa turba acaso
Quiere obstruir tu marcha, debes abrirte paso
Destruyendo y matando como una tempestad».

¡Siempre la Fuerza, la Fuerza aún destructora, la que produce la Muerte, como supre-

mo recurso para llegar á la Vida! Pero, ¿acaso la misma Naturaleza no nos enseña que de la podredumbre de la Muerte nacen y brotan los esplendores de la Vida? ¡Moral cruel, moral humana! ¿Será ese también el carácter de la Moral sub-humana, de la moral absoluta? ¿Quién puede decirlo? Desde los siglos de oro de la vetusta Grecia, ¿no vienen los hombres y los filósofos desentrañando la esencia de la moral? ¿Y á qué cumbre hemos subido para advertir la salida del Sol? Desde el Gólgota advertimos un rayo de Amor que habían presentado Sócrates y Platón. Hoy, otras cumbres aisladas nos han vuelto á la Duda. Toda la filosofía alemana nos volvió á las tinieblas. Y apenas si allá, desde el corazón de la Rusia, un viejo señor que lleva el traje de los mujiks, nos vuelve á repetir las viejas palabras del Evangelio.

¿Dónde está la verdad? ¿En la máxima de Cristo ó en el aforismo de Darwin? Los hombres, que suelen tomar resoluciones, han optado hoy por el «struggle for life». Y el poeta — que es el alma de las muchedumbres — lanza á los vientos las estrofas candentes de su himno rojo.

Así en los tercetos de «Camino de Jerusalem»:

«Sangrando mis canciones, he de escalar la cumbre,
Y escuchando á mis plantas rugir la muchedumbre,
Le arrojaré mis versos en roja comunión!

Comulgando mis odios cual hostias encendidas...
Encontrarán los pueblos las tierras prometidas...
¡Yo soy el nuevo Cristo de la Revolución!»

Pero, ¿á qué continuar citando versos? Toda el alma, turbulenta y anárquica, de Falco está diluida en su obra, — hasta en aquellos versos serenos y plácidos, tan raramente subjetivos, de la serie titulada «Atardeceres nublados». Y es en estos versos, por otra parte, en estos versos tristes, de toda una vida interior ignorada, de toda una epopeya desconocida, de donde surge más amarga y más cruel la protesta contra la gran Iniquidad. «Nada más santo que el Dolor». — dice el poeta; y en efecto la religión del Dolor es la única que puede acercar, desinteresadamente, los hombres á los hombres. «Nada más santo que el Dolor! ¿No hay en esa sencilla frase toda la fuerza virtual de la más tremenda protesta?

El poeta triunfador está á las puertas de la Ciudad de los Elegidos. Echad á vuelo las campanas.

Víctor Pérez Petit.